

Índice

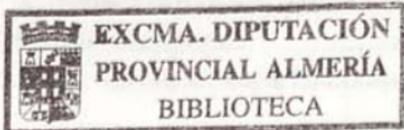
Lavapiés

9176

Microrrelatos

R- 9176

Literatura Mestizaje



Narrativa

Opera Prima

Primera edición, noviembre 2001

A todos los que habéis colaborado en este libro, gracias

© 2001, CADA COLABORACIÓN ES DE SU AUTOR

© Editorial Opera Prima
Plaza Santa Catalina de los Donados, 3
Tels. (91) 559 74 50 / 26 28
28013 Madrid
operaprima@operaprima.es
www.operaprima.es

Reservados todos los derechos

Realización: Diseño Gráfico AM 2000

Impresión: Gráficas 85
C/ Gamonal, 5
Madrid

I.S.B.N.: 84-95461-12-9
Depósito legal: M. 47.693-2001



Impreso en papel ecológico

Impreso en España

Índice

Presentación

Lavapiés no existe

Presentación. <i>Lavapiés no existe</i>	7
<i>El hombre que escuchaba</i> . Benjamín Prado	11
<i>Maratón</i> . David Torres	13
<i>Un ingeniero para Jalima</i> . Lorenzo Silva	17
<i>El ordenador y el tigre</i> . Antón Castro	21
<i>Ratones</i> . José Manuel Benítez Ariza	23
<i>El Caye</i> . Ana Pérez Cañamares.....	27
<i>Los herederos de Václav</i> . Pilar Adón	31
<i>La tumba de Argumosa</i> . Rocío Silva-Santisteban	35
<i>La bruja mala de Lavapiés</i> . Alfonso Sastre	41
<i>El turismo vino para quedarse y violar</i> . Jazmín Rada	45
<i>El testigo</i> . Ernesto Santana	51
<i>Kamal</i> . Federico García Fernández	53
<i>Una línea hacia tu corazón</i> . Javier Arévalo	57
<i>Mar de arena</i> . Luis Leante.....	61
<i>Lavar y marcar</i> . Paula Izquierdo	65
<i>El invisible</i> . Enrique Falcón	69
<i>Desde este planeta</i> . José Navarro	71
<i>Fuego en los tachos con gasoil</i> . Marcos Herrera	75
<i>Pablito quiere saber</i> . José Luis Sampedro	79
<i>Sangre en la boca</i> . Jorge Consiglio	81
<i>Mamá</i> . Javier Puebla	85
<i>Lavapiés, 15:00 pm</i> . Jordi Sabaté.....	87
<i>La señora Carmen</i> . Olga Lucas	91
<i>Lavapiés 0.0</i> . Agustín Fernández Mallo	93
<i>Adéu, habibi</i> . Magda Bandera.....	97
<i>Ínsula de Lavapiés</i> . Manuel Moya Escobar	103

<i>Satay</i> . Manuel J. Ruiz Torres	105
<i>Mi abuela Vicenta</i> . Belén Reyes	109
<i>Comisaría de la calle de la Escuadra, turno de noche</i> . José Antonio Lago	113
<i>Butu-Ebo</i> . Francisco Ruano	117
<i>El sabor de una gota de miel</i> . Antonio Sánchez de Amo	119
<i>Estación Mestizaje</i> . Gonzalo Bartomeu	123
<i>El fugitivo</i> . Ilya U. Topper	125
<i>Una noche muy larga</i> . Carlos Sardinero	129
<i>New Orleans en Lavapiés</i> . Antonio Polo	131

Presentación

Lavapiés no existe

La literatura es el ADN de la Historia. En ella se marcan los verdaderos acontecimientos, los que realmente dicen de las pasiones y dramas de los hombres. Me estoy refiriendo, claro, a la auténtica literatura: la que nos sobrecoge y alumbra. Ese territorio de la palabra que incide en nuestra corteza cerebral con una descarga eléctrica, generando movimiento, acción, desplazando el aire. Aquélla en la que nos reconocemos. Lo demás no es literatura, son, si acaso, crónicas, meros entretenimientos incapaces de alcanzar el espacio restringido donde habitamos: donde somos.

Lavapiés no existe. Ni siquiera es una idea. Es una sensación. Algo vivo, que huele, sabe, duele y te obliga a definirte, a marcar tu identidad. Por eso aquí, en este libro, no se habla de un único barrio. Ni se escucha una única voz ni un único ritmo. Aquí se respira distinto. Porque la vida, como la literatura, no entiende de proyectos culturales ni de entornos sociales. Aquí se vive y punto.

Lavapiés es metáfora de sí mismo. Por eso es tan real. Lavapiés hay muchos y en lugares muy distintos y alejados. Y esto ocurre así desde el principio de los tiempos. Porque Lavapiés es la casa abierta de par en par, es campo, selva o desierto. No hay decorados ni cosas superfluas. Cada edificio, cada ladrillo tiene un sentido último que lo transforma en na-

El sabor de una gota de miel

Antonio Sánchez de Amo

Ésta será la última vez. Ana estaba tan convencida de su decisión que ya había olvidado las incontables veces que se había hecho esa misma promesa. Miméticamente arrancó de sus manos los guantes de látex y fueron a parar sobre el otro par que minutos antes había lanzado al fondo de la papelería. Estaba impaciente por abandonar el laboratorio, sobre todo desde que a primera hora de la mañana le hizo una sangría en el brazo a aquel quinceañero que no paraba de hablar. No le encontraba ninguna vena de donde extraerle sangre para analizarla. El miedo es así de irracional, lo oculta todo, provoca el engaño y debilita el espíritu.

Ahora solo tenía que cruzar la calle. Le gustaría ser invisible, que el pavor de ser descubierta nuevamente con esa mirada cándida y enamoradiza la hiciera inexistente ante los ojos de los demás, o al menos ante la mirada de Amer. Menos de cincuenta pasos separan el hospital de la carnicería. El minúsculo habitáculo donde se ubica el establecimiento cárnico está repleto de clientes que hacen cola esperando su turno. Al otro lado del mostrador, impertérrito ante la presencia de la sosegada clientela, el carnicero solo tiene alma para mover sus delicadas manos. Sujeta la faca con tal esmero que su oficio lo convierte en arte. Ahí radica el éxito del negocio de Amer.

La influencia divina había inspirado en este marroquí la

pasión por el trabajo bien hecho. Esta inspiración le vino en París, adonde había emigrado diez años antes huyendo de la coneja de su mujer y de la prole de herederos de miseria que tenía a su cargo. Había decidido también alejarse de la profesión de matarife, y darle a la preparación de la carne un procedimiento más litúrgico. Lo cierto es que lo hacía con tal medida que en el paladar la carne sabía a bocado de dioses. Pero solo uno le supervisaba: Alá. En él se refugiaba Amer y a él pedía amparo cada vez que descolgaba de la cámara frigorífica una pieza fresca. Colgado junto al calendario de Michelin, el Corán testificaba todos y cada uno de los encargos que hacía la clientela; el mismo libro santo que prohíbe incluso tocar la carne de cerdo. Al inicio de cada operación Amer abre el grifo que asoma entre los ramilletes de papel de estraza. Entonces lava sus manos escrupulosamente con agua, como todas y cada una de las veces que toca una pieza de carne. Lo hace de forma tan rigurosa como cuando procede a cortar los filetes rojizos de ternera o las chuletas blanquecinas de cordero.

Todos sus movimientos se convierten en ritual ante la mirada esquiva de la sanitaria. La preparación del *halal* la realiza estrictamente como marcan los preceptos del Corán. La hoja afilada sigue el sentido estricto que marca este escultor de solomillos de vaca. Ningún filete rozará con otro. Entre ellos mediará la basta textura del papel para mantener intacto el resultado del cuchillo. «¡La siguiente!»

De un sobresalto, el reclamo rescata del abismo a Ana. Ahora se deja mecer por ese penetrante acento francés *cassé* del Magreb norteño con el que Amer se dirige a ella para simular una trivial conversación de cortesía. Sus palabras despiertan en ella una irremisible herencia genética. Hay algo de sus antepasados suspendido en el ambiente. No en vano este barrio en el que habita Ana desde hace ocho años fue fundado por moriscos hace ya más de diez siglos. Muy cerca de donde ella nació. Lo que fue la cuna islámica de *Al-Mariya* ahora constriñe el resurgir de comerciantes inmigrantes que desean hacer florecer en estas ya carcomidas paredes cristianas un nuevo comercio musulmán. Vestimentas de raso, aromas de

hierbabuena y condimentos como el jengibre, la albahaca y la canela están volviendo a convivir entre estas casas de planta baja y patios interiores de Almería, en un alarde de mestizaje de culturas y costumbres.

A veces Ana tiene la sensación de vivir en una ciudad desconocida. O quizás sea más el deseo de ser otra, de no estar aquí, de huir, de mudarse a un lugar nuevo, de comenzar una nueva vida, de nacer nuevamente, de no ser ella, de no tener pasado. Esa impresión es la que tiene ahora cuando observa a Amer deleitarse en su especialidad: el *kefta*. De la vitrina, de entre los pinchos morunos y la mortadela casera, extrae un solomillo de ternera, un trozo de cordero y una pechuga de pollo. Lo pica todo minuciosamente junto con cebolla, ajo, perejil, pimentón rojo picante, sal y especias. Todos sus movimientos son sugerentes. Ana no sabría decir ahora con certeza qué fue lo que la enamoró de él al poco tiempo de instalarse en el barrio. Su ternura con la carne, con su carne; la dulzura de sus labios al recitar aquellas palabras santas: «te necesito», o la delicadeza de sus dedos pasando ahora cada hoja de su apasionada vida...

Pero de repente un relámpago maldito. Al otro lado de la calle aparca el blanco Opel Kadet que conduce la angustia de su pasado más reciente. Antes de que la tempestad en forma de ira la encuentre, Ana inicia una nueva huida; abandona el delirio que provoca su amante carnicero y echa a correr por las calles estrechas. Atrás queda el pórtico del Hospital de Santa María Magdalena y la calle del Arco; como una exhalación recorre la orilla del parque y los aledaños de la catedral hasta adentrarse en el núcleo primitivo de la ciudad. Por la Medina solo encuentra callejones irregulares. De su mente ha escapado inesperadamente el recuerdo a aquel sabor penetrante de té a la menta que mimosamente suele prepararle Amer; el sudor frío se ha apoderado de ese ansiado cuerpo que su amado sultán baña cada lunes en sustancias aromáticas... Ahora el aliento jadeante y cansino es el de su perseguidor, que ya le humedece el cogote.

El destino les ha llevado hasta la puerta trasera de un des-

vencijado edificio. Una destartalada cocina en la que se guisan extrañas mezclas culinarias como lentejas, *cous-cous*, *spaghetti* y *tayín* cobija su último encuentro. El portazo hace fluir los aromas de cúrcuma, comino, orégano y cardamomo. Él, con los ojos fuera de las órbitas, arrastra a Ana contra la estantería de vasijas. Coge de ella una marmita de cerámica con crema de habas y guisantes. Amenazante, alza el brazo y se lo pregunta por última vez: «¿Por qué con ese maldito moro de mierda?! ¿La tiene más larga que yo, zorra?».

En ese preciso instante Ana recupera su pasado. Sobre un mantel de hilo de seda vuelve a no ser ella, a estar aterrorizada, a ahogarse en los mismos miedos, a descubrir lo inútil de tantas escapadas, a asfixiarse en la ciudad de siempre, a no ser nadie, a detestar esa mirada rajada de cerdo: «No, simplemente es mejor que tú». La desmenuzada sémola de trigo duro rodó por el suelo y el guisado de cordero con ciruelas, dátiles y verduras derramó una ligera gota de miel.

Estación Mestizaje

Gonzalo Bartomeu

Subes y bajas. Te pierdes un poco. Tensión estética; orgullo en los contrastes. Muchas identidades juntas, muy marcadas. Olor a calle estrecha de geranios y camisetas tendidas. Sensualidad en los balcones y las aceras. Trapicheos de Babel. Te tomas unas cañas. Pinchitos, cocido, *kebabs*, croquetas o un gazpacho. El Económico, el Automático, la Peluquería, el Chapata, el Barbieri, las terrazas de Ave María y Argumosa. Cruzas por Fe y apareces en su plaza: guitarras, un radiocasete con salsa, tambores, pies negros, manifestación, movida; pocos policías. Los ritmos y las caras se confunden en el metro —estación Mestizaje—. El pan a última hora en el chino. La carne en la carnicería. Algún artista, unos guiris-neo-algo, niños jugando sin juguetes. Los abuelos y el rockero. Los místicos bien. La que te lee la mano. La vieja eterna de los collares a «veinte duros». Ningún mendigo —aquí solo hay clases en la UNED—. Te paras y te preguntas: ¿de dónde ha salido esta gente tan distinta? Me atrae. Algo extraño pasa aquí y no sé bien qué es. ¿Lo sabes tú?

